

ከግ. ዘ. ስ. ብ. ሐ. ር. ስ. ብ. ፡

ገጽ ስ
ብ ስ

ገጽ 3
ስ ር



ገጽ ስ
30 ስ

ገጽ ስ
ሀ ም

Edgardo Civallero

Manuscritos de Abisinia

Manuscritos de Abisinia
[Palabras ancladas – Eslabón 13]

Edgardo Civallero

Una versión resumida de este texto fue publicada como "Eslabón 13" de la columna "Palabras ancladas", en la revista *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia* (vol. 12, nº 56, mayo-junio de 2018).

© Edgardo Civallero, 2018.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0 "Bibliotecario". <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>

Manuscritos de Abisinia

Santo Stefano degli Abissini es una vieja iglesia ubicada en el corazón de los Estados Pontificios. Se trata de una de las construcciones más antiguas del Vaticano: una superviviente de la estructura original de la Basílica de San Pedro. De acuerdo a la tradición, fue mandada a construir por el papa León I (400-461). En 1159, Alejandro III hizo edificar un hospicio adyacente, que fue destinado a albergar peregrinos y sacerdotes etíopes. Y en 1479, Sixto I cedió la iglesia a monjes coptos, hecho por el cual el edificio recibió distintos nombres, como Santo Estefano d'Egitto, dei Mori o degli Indiani, hasta que prevaleció el actual, San Esteban de los Abisinios.

A partir del siglo XV, los peregrinos que llegaban desde el Cuerno de África a la Ciudad Eterna y, concretamente, a esa iglesia-hospicio, portaron consigo los primeros manuscritos etíopes en entrar a Europa. Más adelante, los viajeros abisinios que visitaban Tierra Santa y ciertos coleccionistas egipcios también realizaron sus aportes.

La inexplicable fascinación que provocaron esos documentos entre los bibliófilos del Viejo Mundo hizo que, desde inicios del siglo XIX, numerosos exploradores se lanzaran a la obtención de originales y copias en la propia Etiopía, y que otras tantas instituciones europeas —desde museos a bibliotecas— crearan, con esos volúmenes, sus propias colecciones. Aunque para ello, como en el caso del Reino Unido, tuvieran que saquear la biblioteca real del Imperio Etíope (1868), ubicada entonces en la fortaleza de Magdala.

En la actualidad, los tres fondos europeos de manuscritos etíopes más importantes se encuentran alojados en la Biblioteca Apostólica Vaticana (la cual incluye los tomos originalmente custodiados en San Esteban), la Biblioteca Nacional de Francia y la Biblioteca Británica; en conjunto suman unos 2.700 ejemplares. Por su parte, la *Ethiopian Manuscript Microfilm Library*, repartida entre Addis Abeba (Etiopía) y Collegeville (Minnesota, EE.UU.), cuenta con más de 9.000 tomos microfilmados, siendo, en ese sentido, la más representativa a escala global.

El volumen de documentos abisinios escritos a mano sobre pergamino es enorme. Si bien no existen cifras oficiales, los cálculos más realistas de los investigadores especializados en la temática señalan la existencia de unos 200.000. Y eso teniendo en cuenta que los archivos de uno de los núcleos más importantes de la cultura etíope, los monasterios del Tigré, aún no han sido inventariados.

La voz *Etiopía* o bien proviene de un término griego (*Aithiopia*) que significa "cara quemada", o bien de una adaptación griega del egipcio *atthiu-abu*, "ladrones de corazones". El vocablo fue usado en la Antigüedad clásica para designar el África subsahariana en general (Heródoto) o el territorio de la antigua Nubia (fuentes greco-romanas y bíblicas). Los reyes de Aksum, tras conquistar sus tierras, se apropiaron de la designación *etíopes*, que en idioma ge'ez era *habash*. La voz *Abisinia*, también usada para referirse a la región en determinados momentos históricos, es precisamente una latinización de *habash*.

La escritura existió en esa esquina del continente africano mucho antes de la aparición del pergamino. De ello dan testimonio numerosísimas inscripciones en las distintas formas de la antigua escritura arábiga meridional, derivada del fenicio, y en lenguas ya desaparecidas, como el sabeo.

Pero Etiopía fue, sobre todas las cosas, lo que los expertos han denominado una "cultura de manuscritos" (*manuscript culture*). Ese rasgo caracterizó toda la región ya desde el Reino de Aksum (siglos I-VIII), y continuó haciéndolo durante el periodo pos-aksumita y la dinastía Zagwe (siglo VIII-1270), la dinastía salomónica y el periodo "clásico" medieval (1270-mediados del siglo XVIII, incluyendo el reino de Gondär), la "Era de los Príncipes" (desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX) y el periodo moderno.

Para elaborar esos libros se utilizó pergamino (*berännā*): excepto para textos islámicos, el papel no fue usado en Etiopía sino hasta el siglo XX, y aún hoy, en los actuales centros de producción de documentos manuscritos, sigue sin utilizarse. Tan importante fue la producción y el empleo de pergamino en la región, que los árabes asignaron la invención del formato "códice" a los abisinios. De hecho, el término árabe *mushaf* (códice, especialmente el coránico) deriva directamente del ge'ez *māshaf* (manuscrito, códice, escritura).

A pesar de que en Etiopía se hablan más de 80 lenguas (que probablemente fueran más en el pasado), los documentos se han escrito sobre todo en ge'ez. Como ocurre con el latín en Europa, el ge'ez es un idioma que hoy sobrevive solo como lengua

litúrgica de las iglesias etiópicas. En orden de importancia, al ge'ez (empleado para textos cristianos y algunas formas literarias) le siguen el amhárico (la *lingua franca* de Etiopía, utilizada para textos documentales), y el árabe y el harari (para textos musulmanes).

Las dos formas tradicionales de uso del pergamino fueron —y siguen siendo— el rollo (*ketab*) y el códice (*māshaf*). El primero suele ser utilizado para fórmulas mágicas y pinturas, y en su escritura no se emplea caligrafía. El segundo, introducido en el siglo IV junto al cristianismo, es el formato preferido para textos históricos y religiosos. De dimensiones variadas (aunque, a diferencia de sus pares europeos, no suelen superar los 50 cm de altura), los códices están provistos de una sólida encuadernación, con tapas de madera forradas de cuero. Existe un tercer formato, el acordeón (*sensul*), del cual se conocen muy pocos ejemplos. El clima del altiplano abisinio ha ayudado desde siempre tanto a la preparación del soporte a partir de cueros de cabra y de oveja, como a la conservación de las obras terminadas.

Exceptuando el del salterio, tradicionalmente escrito en un único bloque, el texto de los manuscritos abisinios acostumbra estructurarse en 2 ó 3 columnas. Los renglones no se marcan con grafito o con tinta, sino que se trazan raspando ligeramente la superficie del pergamino. Las tintas empleadas son la negra y la roja; la primera jamás fue metálica (de agallas y hierro, como en Europa) sino de hollín (carbono). Los colores aparecen únicamente en ilustraciones y miniaturas. Desde el siglo XIV en adelante se desarrollaron elaboradas marcas de párrafo y adornos geométricos (*harag*). La técnica

de encuadernación más habitual es la llamada "etíope" y "copta" entre los encuadernadores modernos.

Tradicionalmente se ha dicho —y así se enseña aún hoy— que una sola persona puede (y debería) ocuparse de todo el proceso de producción de un manuscrito: desde la manipulación del cuero hasta su escritura y encuadernación. Sin embargo, en muchos casos quien preparaba los pergaminos (*saraha berānnā*), el copista, el iluminador y el encuadernador eran personas distintas.

Los datos obtenidos durante el siglo XX indican que la educación formal de los copistas etíopes se limitó a un puñado de conocimientos básicos de ge'ez y de caligrafía. De hecho, la copia de documentos y la propia destreza de la escritura no parecen haber sido consideradas importantes por las autoridades religiosas etíopes ni por figuras como los *dabtaras* (sabios laicos, los mejores portadores del conocimiento tradicional): los escribientes no eran más que meros personajes de segunda categoría.

La producción de manuscritos estuvo desde siempre en manos de las comunidades monásticas; los propios monasterios funcionaron como los principales repositorios de escritos. Las obras, sin embargo, no se conservaban en bibliotecas: al ser consideradas como objetos sacros, eran mantenidas junto a los elementos litúrgicos.

En la Biblioteca Nacional de Francia, la colección etiópica se conserva en el Departamento de Manuscritos Orientales. Consta de 1.034 piezas, organizadas en dos grupos: la colección del explorador vasco-francés Antoine Thomson d'Abbadie y el fondo general, que a su vez comprende varias colecciones individuales.

Abbadie estuvo en territorio abisinio entre 1838 y 1848. Con la ayuda de estudiosos de las iglesias de Gondär, entonces la capital del Imperio Etíope, preparó una colección de textos seculares y religiosos, comprando ejemplares o encargando copias de aquellos documentos que le parecieron importantes para describir la literatura cristiana etíope. Depositada en la Biblioteca Nacional en 1902, la colección cuenta con 283 manuscritos, 35 de ellos iluminados, y está descrita en 3 catálogos: el del propio Abbadie (1859), el de Marius Chaîne (1912) y el de Carlo Conti Rossini (1914).

Entre las colecciones del fondo general, las piezas más antiguas (170) proceden de colecciones reales e imperiales y fueron catalogadas por Hermann Zotenberg (1877). Entre ellas se cuentan el *Libro de Enoc* regalado por el explorador escocés James Bruce a Luis XV, y los 29 ejemplares donados por el viajero Charles Rochet d'Héricourt a mediados del siglo XIX.

En orden cronológico les sigue la colección de Casimir Mondon-Vidailhet: 113 manuscritos escritos sobre todo en amhárico y recogidos entre 1891 y 1897. Se trata de copias hechas en el *scriptorium* del emperador Menelik II en Addis Abeba, y catalogadas por Chaîne en 1913.

La colección de Marcel Griaule, catalogada en 4 volúmenes (tres de Sylvain Grébaut, 1938, 1941 y 1944, y uno de Stefan Strelcyn, 1954), destaca por contener el mayor conjunto de rollos mágico-médicos de Europa, con 160 ejemplares. Fue obtenida durante la primera misión (Etiopía, 1928-1929) y la segunda misión (Dakar-Yibuti, 1931-1933) de Griaule al continente africano, y especialmente durante su estadía en Gondär en noviembre de 1932, en donde se hizo con 355 manuscritos. La segunda misión de Griaule fue la última expedición europea enviada a África por un gobierno para recoger artefactos etnológicos y culturales.

Finalmente, el fondo general alberga además dos colecciones menores: la del lingüista Marcel Cohen (45 piezas, la mitad de ellas rollos) y la del explorador Jean Duchesne-Fournet. Este último llevó a cabo una misión científica en Etiopía entre 1901 y 1903, y su colección se limita a 8 volúmenes.

La Biblioteca Británica mantiene un fondo etíope basado en una "colección fundadora" de 74 manuscritos. Tales ejemplares fueron donados por la *Church of England Missionary Society* (Sociedad Misionera de la Iglesia de Inglaterra) y fueron originalmente recogidos por los misioneros y lingüistas alemanes Karl Wilhelm Isenberg y Johann Ludwig Krapf en Shewa (reino autónomo dentro del Imperio Etíope) entre 1839 y 1842.

Para 1847, el catálogo preparado por el orientalista alemán C. F. August Dillmann señalaba 88 volúmenes en las estanterías de la institución londinense.

En 1868 la biblioteca recibió 349 manuscritos etíopes, en una acción que ejemplifica, en cierta medida, los mecanismos que alimentaron las colecciones de museos y otras instituciones culturales europeas durante el periodo colonial. Los libros procedían del espolio de la fortaleza de Magdala, residencia del emperador Tewodros II, que cayó ante el ataque de una expedición británica al mando de Robert Napier.

Un asistente del Museo Británico, R. Holmes, fue enviado junto a las tropas de Napier con el fin de hacerse con códices y otros materiales valiosos, frutos del saqueo. Los manuscritos destinados a la *British Library* procedían de la biblioteca del propio Tewodros, alimentada por documentos de los monasterios y archivos de Gondär, la anterior capital del Imperio.

En 1877 el orientalista William Wright preparó un catálogo de la nueva colección, identificando valiosos elementos de los siglos XVII y XVIII. Entre ellos se encontraba el hoy célebre manuscrito Or. 481: una copia de un ejemplar del siglo XV realizada a pedido del emperador Iyasu I (1682-1706) a finales del siglo XVII, que contiene el octateuco (los primeros ocho libros del Antiguo Testamento) y los cuatro evangelios.

En 1978 Stefan Strelcyn actualizó el catálogo con los manuscritos adquiridos entre 1877 y ese año: 108 títulos (algunos en varias partes) que incluían desde textos bíblicos a escritos mágicos y adivinatorios.

En la década de los 80 del siglo pasado se sumaron al conjunto los 39 manuscritos del reverendo Roger W. Cowley, que había pasado quince años en Etiopía como maestro y misionero anglicano y había recolectado comentarios bíblicos en amhárico. Los libros eran sencillas copias en papel solicitadas por el propio Cowley.

La Biblioteca Apostólica Vaticana cierra el recorrido por las colecciones de manuscritos abisinios más importantes de Europa. La institución cuenta con cinco fondos etíopes diferenciados, con todos sus contenidos microfilmados (y algunos de ellos digitalizados).

La colección general incluye 217 volúmenes. Solo se conoce la procedencia de la mitad, originarios de monasterios del reino de Shewa (Addis Abeba, Debre Libanos y Debre Berhan), del reino de Gojjam (Dima Giyorgis, Mertule Maryam y Debre Werq) y de la provincia de Bagemder (Gondär y Azezo Tekle Haymanot).

El fondo Borgiani comprende 37 ejemplares procedentes de la ya citada iglesia de Santo Stefano degli Abissini, adonde fueron llevados por peregrinos. Algunos de esos volúmenes pasaron también por la biblioteca de la antigua Sagrada Congregación para la Propaganda de la Fe, en donde estuvieron hasta 1902.

El fondo Comboniani, por su parte, incluye 290 manuscritos que están en la Biblioteca Vaticana solo en depósito, pues son propiedad de los Misioneros Combonianos del

Corazón de Jesús. Fue precisamente un misionero de esa orden, Osvaldo Raineri, el que regaló su colección personal de 111 tomos para formar la colección que lleva su nombre. Raineri se ocupó además de catalogar los distintos fondos etíopes vaticanos entre 1986 y 2000.

Finalmente, el fondo Cerulli, con 325 volúmenes, fue reunido por Enrico Cerulli, un especialista en lenguas etio-semíticas que fue, además, gobernador de dos provincias del África Oriental Italiana entre 1939 y 1940.

Las colecciones orientales de prácticamente todas las bibliotecas importantes de Europa cuentan con materiales de Etiopía. Algunas de ellas todavía mantienen una activa política de adquisición (por ejemplo, la Biblioteca Estatal de Berlín); de tales adquisiciones y de los subsiguientes descubrimientos se da cuenta en publicaciones académicas especializadas, como *Aethiopica: International Journal of Ethiopian and Eritrean Studies*.

Los estudios etiípicos han adquirido, en los últimos años, cierto impulso, evidenciado por la aparición de libros y artículos que abordan la temática desde distintas perspectivas. Los investigadores de ese (aún limitado) campo académico coinciden en señalar que queda muchísimo trabajo por hacer. Es preciso documentar el proceso de producción de manuscritos, aún vigente, e identificar los fondos existentes, incluyendo

las dos colecciones más grandes de la propia Etiopía, ubicadas en Addis Abeba, prácticamente sin catalogar.

Referencias

Bausi, Alessandro (2014). Writing, Copying, Translating: Ethiopia as a Manuscript Culture. En Quenzer, J. B.; Bondarev, D.; Sobisch, J.-U. (eds.). *Manuscript Cultures: Mapping the Field*. Berlín: De Gruyter.

Bibliothèque nationale de France (s.f.). *Mandragore, base des manuscrits enluminés de la BnF*. [En línea]. <http://mandragore.bnf.fr/html/accueil.html>

Bibliothèque nationale de France (s.f.). Manuscrits ethiopiens. *Gallica*. [En línea]. http://gallica.bnf.fr/Search?ArianeWireIndex=index&f_typedoc=manuscrits&q=ethiopi en&modeSearch=2&lang=FR&n=15&p=2&pageNumber=2

De Ganay, Solange (1940). Sylvain, Grébaut, Catalogue des Manuscrits Éthiopiens de la Collection Griaule. *Journal des Africanistes*, 10, p. 197. [En línea]. http://www.persee.fr/docAsPDF/jafr_0037-9166_1940_num_10_1_2494_t1_0197_0000_2.pdf

Friedrich, Michael; Schwarke, Cosima (eds.) (2016). *One-volume Libraries: Composite and Multiple-Text Manuscripts*. Berlín: De Gruyter.

Nosnitsin, Denis (2012). Ethiopian Manuscripts and Ethiopian Manuscript Studies. A Brief Overview and Evaluation. *Gazette du livre medieval*, 58, pp. 1-16. [En línea]. http://www.persee.fr/doc/galim_0753-5015_2012_num_58_1_1993

Wion, Anaïs (2012). *Collecting manuscripts and scrolls in Ethiopia: The missions of Johannes Flemming (1905) and Enno Littmann (1906)*. [En línea]. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00524382/document>

Wion, Anaïs (2013). Inventory of Libraries and Catalogues of Ethiopian manuscripts in Paris, France. *Ménestrel*. [En línea]. <http://www.menestrel.fr/spip.php?rubrique828&lang=en>

Wion, Anaïs; Bosc-Tiesse, Claire; Derat, Marie-Laure (2014). Inventory of Libraries and Catalogues of Ethiopian manuscripts in London, United Kingdom. *Ménestrel*. [En línea]. <http://www.menestrel.fr/spip.php?rubrique928&lang=en>

Wion, Anaïs; Bosc-Tiesse, Claire; Derat, Marie-Laure (2017). Inventory of Libraries and Catalogues of Ethiopian manuscripts in Vatican, Italy. *Ménestrel*. [En línea]. <http://www.menestrel.fr/spip.php?rubrique863&lang=en>

Imagen de cubierta

Cristo en la Gloria. Evangelios etiópicos. Parte del manuscrito Or. 481, conservado en la Biblioteca Británica. [En línea].
https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d9/Christ_in_Glory._Ethiopic_Gospels_-_Parchment_manuscript_British_Library_Or._MS_481%2C_f.110v.jpg